

1

Nosotros somos la Tierra

La Tierra está, en este mismo instante, fuera de ti, dentro de ti y también debajo de ti. La Tierra está en todas partes. Solemos pensar en ella únicamente como el fundamento que hay bajo nuestros pies, pero lo cierto es que el agua, el mar y el cielo y todo lo que nos rodea viene de la Tierra. Todo lo que existe, tanto fuera como dentro de nosotros, procede de la Tierra. Es fácil soslayar que el planeta en que vivimos nos ha proporcionado todos los ingredientes que componen nuestro cuerpo. El agua de nuestra carne, nuestros huesos y todas las células microscópicas que hay en nuestro interior forman parte de la Tierra y provienen de ella. La Tierra no es tan solo el entorno en que vivimos. Nosotros somos la Tierra y siempre la llevamos con nosotros.

Si entendemos esto, no tendremos dificultades en admitir que la Tierra está viva. Nosotros somos una manifestación viva y palpitante de este hermoso y generoso planeta. Y, en el momento en que nos damos cuenta de ello, nuestra relación con la Tierra empieza a cambiar, porque ya no la vemos con la mis-

ma indiferencia que antes y empezamos a tratarla con más cuidado. Entonces nos enamoramos de ella y, cuando nos enamoramos de alguien o de algo, se desvanece toda separación. En tal caso hacemos, por la persona amada, todo lo que está en nuestra mano, lo que nos proporciona mucha alegría y satisfacción. Esa es la relación que cada uno de nosotros puede establecer con la Tierra. Esa es la relación que, si queremos sobrevivir, cada uno de nosotros debe establecer con la Tierra.

La Tierra contiene la totalidad del cosmos

Cuando consideramos que la Tierra no es más que el entorno que nos rodea, experimentamos la Tierra y a nosotros mismos como entidades separadas. En tal caso, reducimos el planeta a algo susceptible de explotar. Pero tenemos que reconocer que, en última instancia, los seres humanos y el planeta somos lo mismo. La Tierra es un compuesto de multitud de elementos, algunos de los cuales (como el sol, las estrellas y todo el universo, en suma) son de origen no terrestre. Ciertos elementos, como el carbono, el silicio y el hierro se fraguaron hace mucho mucho tiempo, en el crisol de lejanas supernovas calentadas por la luz de remotas estrellas. Cuando miramos una flor, vemos que está compuesta de elementos muy dispares (por ello decimos que es un compuesto). Una flor está compuesta de muchos elementos que no son flor. En una simple flor podemos

advertir la totalidad del universo. Si miramos atentamente una flor, veremos, en ella, el sol, el suelo, la lluvia... y hasta al jardinero que la cuidó. Del mismo modo, cuando miramos la Tierra, advertimos también, en ella, la presencia de todo el cosmos.

Gran parte de nuestro miedo, odio, ira y de nuestros sentimientos de separación y alienación se derivan de la idea de que estamos separados del planeta. Nos consideramos el centro del universo y nuestro interés se centra casi exclusivamente en nuestra supervivencia personal. Y, cuando nos preocupamos por la salud y el bienestar del planeta, lo hacemos de un modo interesado. Queremos que el aire sea lo suficientemente sano para poder respirarlo, y queremos que el agua sea lo suficientemente limpia para poder beberla. Pero no basta, para cambiar la relación que mantenemos con la Tierra, con limitarnos a emplear productos reciclados o colaborar económicamente con grupos ecologistas. Tenemos que cambiar por completo la relación que mantenemos con la Tierra.

Vemos la Tierra como un objeto inanimado porque nos hemos alejado de ella. Y también nos hemos alejado de nuestro cuerpo. Son muchas las horas del día que pasamos sin ser conscientes de nuestro cuerpo. Estamos tan atrapados en nuestro trabajo y en nuestros problemas que nos hemos olvidado de que somos algo más que nuestra mente. Muchas de nuestras enfermedades se derivan, precisamente, de ese olvido de nuestro cuerpo. Y también nos hemos olvidado de la Tierra, es decir,

de que la Tierra forma parte de nosotros y de que nosotros formamos parte de ella. La Tierra y nuestro cuerpo están enfermos porque los hemos descuidado.

Si contemplamos atentamente una hoja de hierba o un árbol, veremos que no es mera materia. La hoja y el árbol poseen su propia inteligencia. Una semilla, por ejemplo, sabe cómo crecer y convertirse en una planta con hojas, flores y frutos. Un pino no es solo materia, sino que también posee su propia inteligencia. Una mota de polvo no es solo materia, ya que cada uno de sus átomos es una realidad viva que posee su propia inteligencia.

Este conocimiento de la naturaleza profunda de las cosas se denomina, en sánscrito, *advaita jñana*, lo que significa «sabiduría de la no discriminación». Se trata de una forma de ver las cosas que va más allá de los conceptos. La ciencia clásica se basa en la creencia de que, con independencia de la mente, existe una realidad objetiva. Desde la perspectiva budista, sin embargo, hay mente y hay objetos mentales y ambos se manifiestan simultáneamente. Es imposible separarlos. Los objetos mentales son creados por la mente y el modo en que percibimos el mundo que nos rodea depende por completo de nuestra forma de mirarlo.

Si consideramos a la Tierra como un organismo vivo, podremos curarnos a nosotros y curarla también a ella. Cuando nuestro cuerpo físico está enfermo, necesitamos hacer un alto, descansar y prestarle atención. Tenemos que detener nuestro

pensamiento y emplear la inspiración y la espiración para regresar al hogar de nuestro cuerpo. Cuando veamos nuestro cuerpo como un milagro, veremos también a la Tierra como un milagro y empezaremos a cuidar su cuerpo. Cuando volvemos a nuestro hogar corporal y cuidamos de nosotros, no solo sanamos nuestro cuerpo y nuestra mente, sino que también contribuimos a la sanación de la Tierra.

La Tierra es un hermoso planeta; posee muchas formas de vida, vegetación, sonidos y colores. En el cielo podemos ver la luz de Venus y de las distantes estrellas. Y, si nos miramos a nosotros, también podemos ver el milagro de nuestra existencia. Nuestra mente es la consciencia del cosmos, un cosmos que ha dado origen a la extraordinaria especie humana. Poderosos telescopios nos han permitido observar el cosmos en todo su esplendor y vislumbrar remotas galaxias. Vemos estrellas cuyas imágenes tardan centenares de millones de años luz en llegar hasta nosotros. El cosmos resplandeciente y elegante que vemos es, de hecho, nuestra propia consciencia y no algo ajeno a ella.

La Tierra es un milagro

Si miras el planeta Tierra, verás que tiene muchas virtudes. La primera de ellas es su solidez. Puede sostener muchas cosas. Es estable y constituye un ejemplo de perseverancia, ecuan-

midad y tolerancia ante las muchas calamidades provocadas por el ser humano.

Su segunda virtud es la creatividad. La Tierra es una fuente inagotable de creatividad. Ella ha dado origen a especies muy hermosas, incluidos los seres humanos. Entre nosotros hay músicos y compositores muy dotados, pero la más extraordinaria de todas las músicas es la creada por la Tierra. También hay, entre nosotros, pintores y artistas extraordinarios, pero la Tierra es la que ha elaborado los paisajes más hermosos. Si miramos con atención, veremos las muchas maravillas que pueblan la Tierra. No hay científico que pueda crear el hermoso pétalo de la flor de un cerezo o la delicadeza de una orquídea.

La tercera virtud de la Tierra es su no discriminación; y ello significa que no juzga las cosas. Es mucho el daño que, por descuido, los seres humanos hemos provocado a la Tierra, pero no por ello nos castiga. Ella nos da la vida y nos recibe en su seno cuando morimos.

Si miras profundamente hasta experimentar la conexión que te une a la Tierra, te embargarán la admiración, el amor y el respeto. Cuando te das cuenta de que la Tierra no es solo el entorno que te rodea, te sientes motivado a protegerla como te proteges a ti mismo. Porque no hay ninguna diferencia entre la Tierra y tú. Y, en ese tipo de comunión, no cabe la alienación.

Nuestra Madre viva y palpitante

Thomas Lewis es un biólogo estadounidense que escribió *La vida de la célula*, un libro que considera a nuestro planeta como un organismo vivo. Después de reflexionar, Lewis llegó a la conclusión de que nuestro planeta es un gigantesco organismo vivo cuyos elementos compositivos se hallan simbióticamente relacionados. Según él, el milagroso logro de la atmósfera la convierte en «la membrana más grande del mundo». Lewis se sorprende de que la Tierra esté viva y de su extraordinaria belleza y exuberancia en contraste con la aridez de la Luna y de otros planetas. Según Lewis, la Tierra es un organismo autoorganizado y autocontenido, «una criatura viva, llena de información y maravillosamente dotada para manejar la luz del sol».

Nosotros también podemos ver que la Tierra no es un mero objeto inerte, sino un ser vivo. Ella no es simple materia inanimada. A menudo llamamos Madre Tierra a nuestro planeta, lo que nos ayuda a entender su verdadera naturaleza. Y es que, si bien la Tierra no es una persona, sí que es una madre que ha dado a luz a millones de especies, incluidos los seres humanos.

La Madre Tierra nos da a luz y nos proporciona las condiciones necesarias para nuestra supervivencia. A lo largo de eones ha ido elaborando un entorno que permite el crecimiento y desarrollo de los seres humanos. Ha creado una atmósfera protectora, llena de aire que podemos respirar, agua limpia para beber y abundante alimento para comer. Continuamente

está nutriéndonos y protegiéndonos. Bien podemos considerarla, pues, como nuestra madre y como la madre de todos los seres.

Somos hijos de la Tierra, y nuestro planeta es una madre muy generosa que nos abraza y nos proporciona todo lo que necesitamos. Y, el día en que dejemos de existir de esta forma, volveremos de nuevo a la Tierra, nuestra madre, para transformarnos y poder manifestarnos de nuevo bajo un ropaje diferente.

Pero no pienses que la Madre Tierra está fuera de ti. Porque, del mismo modo que llevas, en cada una de tus células, la impronta de la madre biológica que te dio a luz, también puedes encontrar, en lo más profundo de tu ser, a la Madre Tierra.

El Sol

Si la Tierra es nuestra madre, el Sol es nuestro padre. Juntos hacen posible la vida en nuestro planeta. La energía del Sol permite la existencia de las formas vivas en la Tierra. Él proporciona la luz y el calor necesarios para el desarrollo de las plantas. En su ausencia, no habría aquí vida alguna.

Innumerables civilizaciones han rendido homenaje al Sol. Son muchos, en la tradición budista, los que alaban a Amítayha, el Buddha de la Luz Ilimitada cuya Tierra Pura, según creen, yace en el oeste. Nosotros le llamamos Buddha Maha-

vairocana Tathagata, es decir, el Buddha de la Luz y de la Vida Infinita. Bien podríamos considerar al Sol como un auténtico Buddha, porque arroja su luz sobre la Tierra, proporcionando calor, luz, energía y vida, cada minuto del día, a todas las especies del planeta. Pero el Sol no solo se halla en el cielo, sino también en la Tierra y en cada uno de nosotros. Cada uno de nosotros lleva, en su interior, el resplandor del Sol. En su ausencia, la vida en la Tierra sería imposible, porque los seres vivos no podrían existir. Podemos considerar al Sol y la Tierra como nuestros verdaderos padres, y como los verdaderos padres de nuestros abuelos y de todos nuestros ancestros. El Buddha, Mahoma, Jesucristo y todos los maestros son hijos de este planeta. Todos somos hijos de la Tierra y el Sol. Y, del mismo modo que llevamos con nosotros el ADN de nuestra madre y de nuestro padre, también llevamos, en cada una de nuestras células, la impronta del Sol y la Tierra.

La forma más elevada de plegaria

Podemos sentirnos sorprendidos y desbordados por la inmensa energía del universo y creer que fue creado por algo semejante a un ser humano, por «alguien como nosotros». Impresionados por las poderosas fuerzas de la naturaleza, a menudo imaginamos que hay un dios detrás de las rabiosas tormentas, un dios del trueno, un dios de la lluvia y un dios controlando

el ascenso y descenso de las mareas. Es fácil pensar que esta extraordinaria fuerza creativa tiene forma humana.

Pero yo no creo, sin embargo, que Dios sea un anciano de barba blanca sentado en una nube. Dios no es ajeno a la creación. Yo creo que Dios está en la Tierra, dentro de cada ser vivo. Lo que consideramos «divino» no es más que la energía del despertar, de la paz, de la comprensión y del amor, que no solo residen en el ser humano, sino en todas y cada una de las especies de la Tierra. En el budismo, decimos que todos los seres sensibles poseen la naturaleza del despertar y pueden entender profundamente. Esto es algo a lo que llamamos «naturaleza búdica». El ciervo, el perro, el gato, la ardilla y el pájaro poseen la naturaleza del Buddha. ¿Pero no ocurre acaso lo mismo con especies inanimadas como el pino del patio, la hierba o las flores? Esas especies, en cuanto partes de nuestra Madre Tierra viva, también poseen la naturaleza búdica. Esta es una constatación muy poderosa que puede proporcionarnos mucha alegría. Cada hoja de hierba, cada árbol y cada planta, grande o pequeña, es hija del planeta Tierra y posee, en consecuencia, la naturaleza de Buddha. Y, como la Tierra tiene la naturaleza búdica, también la tienen todos sus hijos, todos tienen la capacidad de vivir felices y con una sensación de responsabilidad por nuestra Madre Tierra.

En la Biblia, Jesús dice: «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Juan, 14:11). El Buddha también enseñó que todos somos parte de los demás. No somos entidades separadas. El padre y el hijo no son exactamente lo mismo, pero tampoco

son completamente diferentes. Uno está en el otro. Si miramos bien, veremos, en nuestro interior, a la Madre Tierra y a la totalidad del universo. Y esta comprensión de inter-ser es la que establece una comunicación real con la Tierra. Esta es la forma más elevada de plegaria.

Cuando hablamos de adorar a la Tierra no estamos afirmando que debemos convertirla en una diosa o en algo más sagrado que nosotros. Adorar a la Tierra consiste simplemente en amarla, cuidarla y refugiarse en ella. Y, cuando sufrimos, la Tierra nos acepta, nos abraza y restablece nuestra energía, aumentando nuestra fortaleza y estabilidad. La liberación que buscamos se halla justo bajo nuestros pies y en torno a nosotros. Si entendemos esto, nos liberaremos de gran parte de nuestro sufrimiento. Si entendemos la conexión y la relación profunda que nos une a la Tierra, tendremos suficiente amor, fortaleza y despertar para que ambos podamos desarrollarnos.

Cuando sufrimos, necesitamos amor y comprensión. Y, como no tenemos suficiente amor y comprensión en nosotros, los buscamos fuera. Esto es algo muy natural. Esperamos que algo o alguien nos proporcione el amor y la comprensión que precisamos. Obviamente, alguien con amor y comprensión encarna también la bondad, la verdad y la belleza. Asimismo sabemos que, en nosotros, hay bondad, verdad y belleza, pero quizás no la suficiente para hacernos felices. No sabemos cómo conseguir que estas virtudes florezcan hasta convertirse en sabiduría y comprensión verdaderas.

La Tierra posee todas las virtudes que buscamos, incluidas la fortaleza, la estabilidad, la paciencia y la compasión. Ella lo abraza todo. No necesitamos fe ciega para creer esto. Tampoco necesitamos dirigir nuestras oraciones ni expresar nuestra gratitud a una divinidad remota o abstracta con la que es difícil o imposible permanecer en contacto. Podemos dirigir nuestras oraciones y expresar nuestra gratitud directamente a la Tierra. La Tierra está aquí mismo. Ella nos sostiene de un modo muy concreto y muy tangible. Nadie puede negar que el agua que nos sostiene, el aire que respiramos y el alimento que nos nutre sean regalos de la Tierra.

El más hermoso *bodhisattva*

Un *bodhisattva* es un ser feliz, despierto, amoroso y comprensivo. Cualquier ser que manifieste estas cualidades puede ser considerado un *bodhisattva*. *Bodhisattvas* son todos los que nos rodean. Cualquiera que cultive amor, frescura y comprensión y haga felices a los demás es un *bodhisattva*.

Pero los *bodhisattvas* no son necesariamente seres humanos. Los relatos *Jataka*, recopilaciones de las vidas anteriores del Buddha, le llaman *bodhisattva* y lo presentan, en ocasiones, como un ciervo, un mono, un árbol e incluso una roca. También ellos pueden ser considerados *bodhisattvas*. Un árbol puede ser feliz y fresco y proporcionar oxígeno, refugio y belleza.



La Madre Tierra es el más hermoso bodhisattva

Un árbol puede alimentar la vida y ser un santuario para pájaros y una gran variedad de criaturas.

Si miramos nuestro planeta, veremos que la Tierra es el más hermoso de los bodhisattvas. Ella es la madre de muchos grandes seres. ¿Cómo podría la mera materia hacer las cosas extraordinarias que hace la Tierra? No busques a los bodhisattvas en tu imaginación. El bodhisattva está justo debajo de tus pies. La Madre Tierra no es una idea abstracta o vaga. La Madre Tierra es *real*, es una evidencia viva que puedes ver, oír, oler, tocar y degustar. Ella nos da la vida y a ella volvemos para que nos la vuelva a dar una y otra y otra vez. Hay quienes rezan para renacer en un lugar en el que no existe el sufrimiento, pero no saben si ese otro lugar es real o no. Los astrónomos que han visto, a través de los telescopios, galaxias muy distantes, afirman no haber visto nunca nada tan hermoso como la Tierra. ¿A qué otro lugar querrías ir cuando la Madre Tierra está dispuesta a darte ya la bienvenida a tu hogar?

Yo he abandonado la Tierra tres veces
y no he encontrado otro lugar al que ir.
Cuidemos esta nave espacial llamada Tierra.

WALTER SCHIRRA, 1998,
astronauta de los vuelos espaciales
Mercury, Geminis y Apolo

Podríamos considerar a la Tierra como el bodhisattva que la purifica y la renueva. Ella no discrimina entre flores fragantes, orina o excrementos, lo acepta y lo transforma todo, sea puro o impuro aunque, para ello, necesite muchos años.

La Tierra es la madre de muchos buddhas, bodhisattvas y santos. Es la madre de todos nosotros. Y, aunque no sea un bodhisattva humano, tiene la capacidad de darnos la vida, sostenernos, nutrirnos y curarnos. Tiene solidez, paciencia y perseverancia. El *Sutra del loto* menciona a Kshitigarbha, el bodhisattva del tesoro de la Tierra, que posee sus cualidades de perseverancia, estabilidad y una gran determinación. Kshitigarbha formuló el voto de ir a los lugares más oscuros para rescatar a los seres que se hallan en situaciones desesperadas de injusticia y conflicto y no cesa nunca en su empeño de ir donde se encuentran los más necesitados, como las prisiones, las guerras y los reinos infernales.

El bodhisattva de la Madre Tierra tiene la capacidad de producir, crear, abrazar y alumbrar realidades maravillosas, como buddhas, bodhisattvas y santos, personas que poseen numerosas habilidades y talentos, y muchas otras especies. Cuando bebemos agua, sabemos que el agua es un don de la Madre Tierra. Cuando respiramos, sabemos que el aire es un regalo también de la Madre Tierra. Y lo mismo sucede con el alimento, otro regalo de la Madre Tierra. Volver a la Madre Tierra, tocar la Tierra y prestar atención a la Tierra es algo muy natural.

Hay quienes, después de una catástrofe natural, como un huracán o un tsunami, culpan a la Tierra y dicen de ella que es cruel y vengativa. Y también somos muchos los que, conscientes de sus dones y agradecidos por sus dones (la lluvia, los ríos y el suelo fértil), la alabamos. Pero las nociones de bondad y crueldad son opuestas que se originan en nuestra mente. La Tierra no es bondadosa ni cruel. Está sencillamente aquí, nutriéndonos sin ningún tipo de juicio ni discriminación. Y también nosotros, si aprendemos a mirar profundamente, podemos llegar a verla sin juicio ni discriminación alguna.

La Tierra nos proporciona un sólido refugio

Cuando nos sentimos frágiles e inestables, podemos volver a nosotros y refugiarnos en la Tierra. Con cada paso podemos sentir su estabilidad bajo nuestros pies. Cuando realmente estamos en contacto con la Tierra, podemos sentir el apoyo de su abrazo y estabilidad. Utilizamos nuestro cuerpo y nuestra mente para volver a la Tierra y entregarnos a ella. Con cada respiración, liberamos nuestra agitación, nuestra fragilidad y nuestro sufrimiento. La simple conciencia de su benevolente presencia nos permite sentirnos liberados.

Poco antes de su iluminación, el Buddha tocó la Tierra con su mano, poniéndola como testigo de su despertar. Y las flores brotaron, celebrando su iluminación, ahí donde su mano tocó

el suelo. En ese momento, la mente del Buddha se tornó tan clara y libre que las flores le sonreían por doquier.

Nosotros podemos hacer como el Buddha y, en los momentos difíciles, tocar la Tierra y ponerla como testigo. Podemos refugiarnos en la Tierra como nuestra madre original. Podemos decir: «Toco la Tierra pura y renovadora». Independientemente de nuestra nacionalidad, de la cultura a la que pertenezcamos y de la religión en la que creamos; independientemente de que seamos budistas, cristianos, musulmanes, judíos o ateos, todos podemos ver que la Madre Tierra es un gran bodhisattva. Y, cuando la vemos así, con todas sus virtudes, caminamos sobre ella con más cuidado y queremos protegerla y no dañarla ni dañar tampoco a las decenas de miles de formas de vida a las que ha dado origen. Entonces dejamos de provocar violencia y destrucción a la Madre Tierra. Así se resuelve lo que erróneamente llamamos «problema medioambiental». La Tierra no es solo el medio ambiente que nos rodea. La Tierra somos *nosotros*. Todo depende de si tenemos o no esta comprensión.

Cuando veas la Tierra como el gran bodhisattva que es, querrás inclinarte y tocarla con respeto y reverencia. Entonces brotarán, de tu corazón, el amor y el cuidado. Este despertar es la iluminación. No busques la iluminación en otra parte. Este despertar, esta iluminación, te transformará y proporcionará más felicidad, amor y comprensión que cualquier otra práctica. La iluminación, la liberación, la paz y la alegría no son sueños para el futuro, sino realidades del momento presente.

El momento es ahora

No podemos esperar a restablecer nuestra relación con la Tierra, porque la Tierra y nosotros estamos, ahora mismo, en verdadero peligro. Una sociedad dominada por la codicia y el orgullo es necesariamente violenta, lo que siempre genera problemas innecesarios. Si ejercemos violencia sobre nuestra especie y sobre otras especies, también seremos violentos con nosotros mismos. Y si, por el contrario, protegemos a los demás, también nos protegeremos a nosotros. Es necesaria una revolución espiritual para enfrentarnos a los retos medioambientales que nos acosan.

Muchas personas están perdidas. Trabajamos demasiado, estamos demasiado ocupados y nos perdemos en el consumo y en todo tipo de distracciones, de modo que cada vez estamos más perdidos, aislados y enfermos. Hay personas que se sienten muy solas. Ya no estamos en contacto con nuestra familia, con nuestros ancestros, con la Tierra o con los milagros de la vida que nos rodea. Nos hemos apartado y nos sentimos solos. Esta alienación es una especie de enfermedad que ha acabado convirtiéndose en una epidemia. Muchos sentimos un vacío interior que pretendemos curar consumiendo objetos o engullendo pastillas. Pero esta adicción al consumismo, que nos lleva a comprar y gastar en cosas que no necesitamos, genera muchos problemas y mucho sufrimiento, tanto a nosotros como a la Tierra. Nuestro deseo de fama, riqueza y poder es insacia-

ble, lo que provoca una gran tensión en nuestro cuerpo y en el planeta. No nos damos cuenta de que lo que nos hace felices no es la fama, la riqueza ni el poder, sino el nivel de nuestra conciencia atenta.

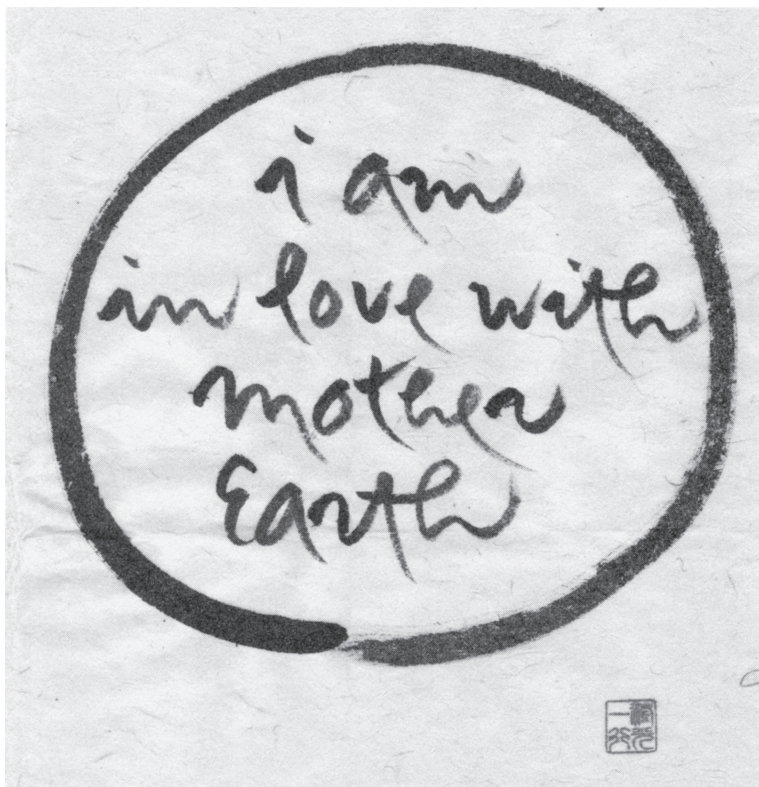
Enamorarse

El verdadero cambio solo ocurrirá cuando nos enamoremos del planeta. Solo el amor puede enseñarnos a vivir en armonía con los demás y con la naturaleza, y a eludir así los devastadores efectos de la destrucción medioambiental y del cambio climático. Cuando reconocemos las virtudes y prodigios de la Tierra, nos sentimos conectados con ella y de nuestro corazón brota el amor. Queremos estar conectados. Ese es el significado del amor, ser uno. Cuando amas a alguien, quieres cuidar a esa persona como si fueras tú mismo. Y, cuando amas así a la Tierra, ese amor también es recíproco. En tal caso, hacemos todo lo que esté en nuestra mano para el beneficio de la Tierra y la Tierra hace lo que sea para alentar nuestro bienestar.

Cada mañana, cuando me levanto, me abrigo y salgo de mi cabaña para dar un paseo. El Sol todavía no ha salido y paseo tranquilamente bajo el dosel de la Luna, las estrellas y arropado por la naturaleza que me rodea. Un día, después de pasear, volví a mi cabaña y escribí la siguiente frase: «Estoy enamorado de la Madre Tierra». Estaba tan excitado y mi corazón

latía tan aceleradamente como el del joven que piensa en su amada.

Cuando pienso en la Tierra y en mi capacidad de caminar sobre ella, pienso: «Voy a dar una vuelta y disfrutar de la naturaleza», y mi corazón se llena de alegría. Son muchas las cosas que la Tierra me da. Estoy enamorado de ella. Se trata de un amor extraordinario en el que no cabe la traición. Cuando confiamos nuestro corazón a la Tierra, ella confía en nosotros con todo su ser.



Estoy enamorado de la Madre Tierra